



Han pasado dos años desde que comenzó la amarga y difícil historia de mi migración. Recuerdo claramente aquel día, cuando todo cambió de repente y me vi obligado a dejar atrás todo lo que conocía y amaba.

Mi historia se teje entre las sombras de la guerra y los destellos de la esperanza. Los últimos días en mi país se desvanecen como imágenes de una película distorsionada por el caos. Las calles se convirtieron en campos de batalla, y el rugido de las bombas fue la banda sonora de mis noches de insomnio. Cada mañana era como atravesar un campo de minas emocional, temiendo descubrir que alguno de mis seres queridos había sido arrebatado por la violencia.

La situación en Afganistán empeoraba día tras día, y aunque nunca había imaginado abandonar mi tierra, pronto me vi forzado a huir. La noticia de que los talibanes se acercaban a las puertas de Kabul encendió una llama de desesperación en mi corazón.

Recordé las historias que mi madre solía contarme sobre el reinado opresivo de los talibanes hace más de dos décadas. En aquel entonces, las mujeres y las niñas eran condenadas al silencio, prohibidas de educarse y forzadas a aceptar un destino impuesto por otros. Ser mujer en Afganistán es un delito en sí mismo,

En ese momento, mi familia y yo nos aferramos a la esperanza, un rayo de esperanza surgió cuando los aviones españoles ofrecieron una oportunidad para escapar. Con el corazón lleno de incertidumbre y esperanza como únicos compañeros, abordamos ese avión, dejando atrás todo lo que amábamos: nuestra vida, nuestra casa, mis amigos, mis libros favoritos...

Fue un momento de profunda resignación y determinación al dejar todo atrás para enfrentar un futuro incierto en tierras extranjeras. Llegar a Madrid significó el comienzo de una nueva vida desafiante.

La experiencia de la inmigración es algo que estoy comprendiendo ahora en esta etapa de mi vida. El peso de este sentimiento y dolor es abrumador.

En los últimos dos años, hemos enfrentado muchos desafíos, y todavía nos encontramos con problemas y nuevos desafíos. Pero la vida es una historia de resistencia y perseverancia, y poco a poco, con esfuerzo y determinación, comenzamos a reconstruir nuestras vidas. Prometí a mis hermanas que encontraríamos una nueva forma de ser felices, una vida donde pudiéramos sentirnos orgullosos de nuestro progreso.

Hoy, mientras camino por las calles de Madrid, puedo ver el reflejo de nuestros sueños en cada paso que damos. Estudio en la Universidad Carlos III Madrid, y mis hermanas también continúan con su educación, Estudiar es el sueño de todas las chicas de mi país y mis hermanas y yo estamos viviendo este sueño.

Aunque enfrentemos dificultades y derramemos lágrimas, perseveramos con la convicción de que un mañana mejor nos espera. Nos aferramos al recuerdo de nuestro pasado y a la promesa de un futuro más radiante. Somos refugiados, sí, pero también somos portadores de esperanza, y nuestra historia está lejos de terminar.